



Lo que yo puedo hacer en la relación educativa

Ana Mañeru Méndez

Instituto de la Mujer

En este artículo se plantean diversas actuaciones que, partiendo de la diferencia sexual, podemos llevar a cabo en la educación. Partir de la diferencia sexual permite a las mujeres moverse en un horizonte que restaura la autoridad femenina y el sentido de las cosas, entre ellas el de la educación. La autora resalta el papel de la investigación donde cada mujer puede y debe actuar como tal, expresando un saber relacional, que aprende de otras relaciones de autoridad a interpretar libremente su diferencia sexual. Afirma que la relación más potente e intensa con la propia madre es el origen de toda educación con sentido que va más allá de intereses mercantilistas que convierten a la educación en un negocio lucrativo y fundamenta el verdadero significado de la educación basado en la genealogía femenina.

This article summarizes a few interventions on sexual differences which we could apply into Education. If starting from sexual difference, women could recover the feminine authority and the meaning of the world, especially in an educative way. The author pays attention to the role of research, where each woman could and should act by her own, expressing a relational knowledge which learns from other authoritarian relations, understanding the sexual differences freely. She assumes the most powerful relation is with our own mothers. This is the origin of every Education and gives sense to education based on the feminine genealogy.

1. Investigar como investigan las mujeres

A principios de los años ochenta, un momento en el que avanzaba el discurso del igualitarismo, yo estaba convencida de que teníamos que compararnos con los hombres para saber dónde estábamos, para saber si estábamos bien o mal, y por eso decía que era necesario «introducir la variable sexo en la investigación educativa». Sin embargo, ahora, después de conocer la obra de autoras que viven, piensan y escriben partiendo de sí, sin olvidar su diferencia sexual, he aprendido de ellas que lo masculino no es la medida para una mujer y que el sexo no es una variable sino una de las dos formas en las que nacemos humanos y humanas; algo significativo, que nos viene dado, y que debe estar presente en toda investigación para dar cuenta de quien observa y de quienes son observadas u observados. Se trata investigar sin hacer abstracción del cuerpo sexuado con el que llegamos al mundo y en el que habitamos a lo largo de la vida; de ver la educación con mirada nueva en tiempos de «final del patriarcado» (Librería de mujeres de Milán, 1996 y en prensa), porque ya sabemos que no existen personas en abstracto, en neutro, pues lo que hay en el mundo, en la calle, en casa, y también en las aulas, son mujeres y hombres. Como ha escrito Virginia Woolf «sería una pena enorme que las mujeres escribiesen como los hombres, o pareciesen hombres, porque si dos

sexos son bastante insuficientes para la vastedad y para la variedad del mundo ¿cómo nos las arreglaríamos con uno solo? ¿no deberíamos investigar y fortalecer las diferencias más que las semejanzas?» (Woolf, 2003: 123).

A principios de los noventa, investigando con otras profesoras sobre el sexismo, yo usaba la expresión «El género como categoría de análisis de la educación», porque en ese momento la palabra «género» me parecía que podía explicar algo de lo que necesitaba y quería decir. Después, en parte de forma intuitiva y sobre todo gracias a que otras me lo han hecho ver, me he apartado de ella al notar cómo algunos ámbitos de la política y de la universidad la adoptan para sustituir la palabra «mujer» y la palabra «sexo», manteniendo, valga la redundancia, «el género como genérico», que es lo mismo que tomar lo masculino como universal. Por eso dejé de utilizar «género» cuando lo que quiero es referirme a la diferencia sexual, al sexo femenino o masculino, es decir, a las mujeres y los hombres concretos. Tampoco uso otras expresiones que también quieren hacerse lugar en el discurso político y académico como son «perspectiva de género» o «mainstreaming de género», no las uso porque hacen abstracción de lo femenino y de lo masculino y resultan un disparate; y así, elijo referirme a la mirada femenina o de una mujer, y al replanteamiento de la política que tiene en cuenta la experiencia, la sabiduría y el deseo de las mujeres. Es decir, mi mirada y mi política no son de género, sino femeninas, porque soy una mujer y no un «género» (Blanco, 2001).

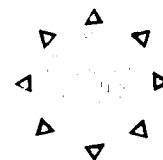
Cuando comencé a trabajar como maestra enseguida me puse a indagar sobre la discriminación de las mujeres respecto a los hombres, en el sentido de que había aprendido a ver lo femenino como carencia, porque a nosotras nos faltaban derechos que ellos tenían y la meta a conseguir era la igualdad; también indagué sobre el sexismo, como una actitud muy extendida de menosprecio de lo femenino; frente a ello reivindicaba la coeducación, es decir educar a las niñas igual que se educaba a los niños, hasta que me di cuenta de que así homologaba lo femenino con lo masculino. No era esto lo que quería y seguí buscando, hasta que las expresiones «Educar en la diferencia» y «Pedagogía de la diferencia sexual» (Piusi, 1996, 1999 y 2003) pusieron en palabras lo que perseguía desde hacía mucho tiempo. Educar partiendo de la diferencia sexual, de la mía y de la de las alumnas y los alumnos, reconociendo nuestra común genealogía femenina, sin dejar este hecho en la insignificancia y dándole la importancia que tiene porque ordena el mundo que encontramos desordenado por la falsa genealogía masculina.

Este descubrimiento me permite investigar como una mujer, no para acumular datos para controlar y dirigir la educación hacia fines ajenos a lo que supone hacer viable a cada criatura allí donde esté (Montoya, 1998 y 2000), o para tener más poder a través de los mecanismos de la abstracción, que velan más que desvelan la verdad de lo que hay, separando la vida del saber, sino al servicio de la vida.

Lo que expreso aquí no es un saber individual, sino relacional, pues lo he aprendido en relación con otras mujeres (Sofías, 2002), también con algunos hombres, que no se identifican con el patriarcado, que reconocen autoridad femenina y están abiertas y abiertos a aprender y a enseñar en el orden simbólico de la madre (Muraro, 1994), un orden que es amoroso y no es violento. Un orden que va más allá de la ley o, con otras palabras, que está «por encima de la ley, no en contra», como escribió en el siglo XIII la beguina Margarita Porete (Porete, 1995), llevada a la hoguera por la inquisición, seguramente por su libertad femenina.

La poeta y ensayista contemporánea Adrienne Rich me invita a situarme en este orden con estas palabras: «Pensar como mujer en el mundo del hombre significa pensar críticamente, rehusar a aceptar lo dado, estableciendo conexiones entre hechos e ideas que los hombres han dejado desconectadas».

Significa recordar que toda mente reside en un cuerpo y ser responsables de los cuerpos femeninos en los cuales vivimos, comprobando constantemente las hipótesis dadas frente a nuestra propia experiencia vivida. Significa una crítica constante al lenguaje, porque como Wittgenstein, que no es precisamente feminista,



observó: «Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo», y significa la cosa más difícil de todas: «escuchar y observar en el arte y en la literatura, en las ciencias sociales, y en todas las descripciones que nos son dadas del mundo los silencios, las ausencias, lo innombrable, lo infalible y lo no codificado, porque por ese camino encontraremos el verdadero conocimiento de las mujeres» (Rich, 1983: 287).

También me orientan en la investigación, es decir, en la búsqueda de sentido del presente, otras palabras de la escritora Virginia Woolf, cuando al recibir una carta de un «hombre culto» que le pide ayuda para terminar la guerra, ella le contesta de un modo que sigue siendo válido para hoy: «...la mejor manera en que podemos ayudarle a evitar la guerra no consiste en repetir sus palabras y en seguir sus métodos, sino en hallar nuevas palabras y crear nuevos métodos» (Wolf, 1999).

2. Tener en cuenta la diferencia sexual

En el movimiento de mujeres, es decir en el interior de cada una de las mujeres que lo conformamos y en las relaciones que mantenemos unas con otras, ha existido en los últimos veinte años una tensión entre el pensamiento y la práctica de la diferencia sexual y las políticas de igualdad que ha tenido su correlato en los cambios que hemos propuesto en la educación. Una tensión que, en mi opinión, ha sido fecunda y por eso algunas la hemos vivido como creativa; ha sido un conflicto que, al mantenerse abierto y productivo, nos ha permitido ver libertad femenina más allá de lo que dejaba ver el patriarcado. Porque desde el patriarcado ser mujer se percibe y se siente como una carencia o como un problema que hay que resolver, casi siempre mediante la homologación de lo femenino con lo masculino, y como un camino muy largo que parece no tener, y de hecho no tiene, fin.

Desde hace tiempo, me siento libre de esta tensión, ya que he comprendido, por un salto de pensamiento y no por un proceso, que no se trata de confrontar entre dos posturas, porque «La igualdad no viene, ni antes ni después de la diferencia. No hay una secuencia entre ambas sino dos opciones políticas y simbólicas que nacen en lugares distintos y desean llegar a lugares distintos» (Rivera, 1994: 188). Por tanto, para mí, ya no se trata de intentar convencer a nadie ni de mantener un enfrentamiento, sino de ser y crear a partir de lo que has aprendido, de lo que sabes ahora, es decir, de lo que eres y de lo que tienes; no de lo que dicen que te falta ni de lo que no quieres ni puedes ser. Por ello, parto de mi diferencia sexual femenina, que es la que me permite habitar y entender el mundo entero y no sólo una parte. Partir de lo que soy, una mujer que aprende de otras en relaciones de autoridad -autoridad que es distinta del poder- a interpretar libremente su diferencia sexual, me permite moverme en un horizonte que no está limitado por ser menos, igual o más que un hombre.

Este horizonte restaura el reconocimiento de la autocridad femenina que está en el origen de toda autoridad. Es un horizonte que restaura, por tanto, el sentido de las cosas, entre ellas el de la educación. La educación que hace crecer, porque desplaza las relaciones de poder que excluyen con violencia.

3. Enseñar a hacer las paces

En mayo de 2004, se celebró en Madrid, en la Fundación Entredós, un acto organizado por Tania Rodríguez Manglano (Rodríguez Manglano, 2001), con el deseo de buscar palabras que hagan posible entender y transformar la violencia de tantos hombres contra las mujeres, una violencia que hoy es más visible que nunca. En el acto intervino Elena Lasheras Pérez (Entredós, 2003), origen de

Entredós, librera desde hace veinticinco años de la Librería Mujeres de Madrid y cofundadora de la editorial Horas y Horas, y también Graciela Hernández Morales (Hernández y Jaramillo, 2002), socióloga y asesora del Proyecto Relacional del Instituto de la Mujer, un Proyecto que trata de desvelar y poner en palabras en los centros educativos que el modelo de virilidad predominante lleva dentro de sí el germen de toda violencia, la que tiene lugar en casa, en la calle, en la guerra, en todas las guerras; algo que debe enseñarse en la escuela desde los primeros años, hasta que la violencia que ejercen los hombres contra las mujeres se haga impensable en nuestra sociedad, del mismo modo que es impensable hoy el canibalismo (Rivera, 1998).

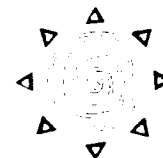
En el coloquio, una de las asistentes se expresaba con rabia y desesperanza, tratando de buscar la solución a tanto horror en un «alguien colectivo», proponía que todas las mujeres del mundo unidas nos manifestáramos para protestar, no dijo ante quién. Un deseo, como en este caso, que al no tener medida se convierte en fantasía, pues está tan lejos del alcance de la mano de quien lo expresa, que le lleva a la frustración y a la parálisis que produce empeñarse en lo que no depende de ti. Según hablaba, mostraba malestar y enfado porque, en su opinión, no se estaba haciendo nada; aquel acto, por ejemplo, ella misma lo había convertido en nada, ni siquiera lo consideraba, no era capaz de ver lo que ya tenía delante. Después se preguntaba en voz alta cómo era posible que las mujeres siguiéramos yendo cada día al mercado o comprándonos ropa o preocupándonos por los detalles de la casa, como una acusación de frivolidad. En realidad, aunque hablaba en plural, como ocurre a menudo, no hablaba de sí, sino de otras. Estaba fuera de sí y todo lo situaba fuera de sí.

Al principio me indigné al oírla y noté que la violencia, justo lo que había venido a aprender a solucionar allí, iba ganando terreno en mi interior, porque sentía el impulso de contestar con una frase cortante que resolviera de manera rápida y rotunda; es decir venciendo, demostrando que lo que ella estaba haciendo era simplemente «culpabilizar a las víctimas». Afortunadamente otras hablaron antes, y con palabras de paz, de modo que tuve ocasión de serenarme y reflexionar, poniendo un poco de orden en mi interior. Porque esa frase hecha, que iba a utilizar, que circula con acierto para nombrar algunos aspectos de la realidad, se queda a mitad de camino y no dice todo lo que es necesario decir.

Es cierto que las mujeres somos víctimas cada día y en el mundo entero, de una muy extendida violencia masculina, en el sentido de que la sufrimos a cada paso, y también que a menudo somos doblemente víctimas cuando se nos culpa de provocar esa violencia, pero somos mucho más que víctimas y es muy importante que no nos dejemos reducir a eso y que no sea esto lo que enseñamos a nuestras alumnas, porque, con razón no querrán oírnos. Por eso, aquella frase no me valía para todo lo que quería decir y, además, tal como iba a pronunciarla se convertía en la flecha envenenada que se vuelve contra ti, porque la violencia acaba hiriendo también a quien la ejerce. Con estas reflexiones callé y, gracias a la escucha y al silencio (Pérez de Lara, 2002), al cabo de un rato pude intervenir sin entrar en combate, sin despreciar lo que había dicho aquella mujer, aunque no estuviera de acuerdo con ella. Hice algo que me cuesta, sobre todo en una situación así: pedir; le pedí que se pusiera en juego en primera persona y eso detuvo la avalancha de palabras que nos hundían en la miseria y nos hacían perdernos.

Pero las palabras justas, las que iluminaron la oscuridad de lo que allí estábamos tratando, las pronunció Candela Valle Blanco, psicóloga y orientadora, que mantiene en Entredós el «Grupo para hablar», en el que se hace justamente eso: hablar por el deseo de hablar, con la confianza puesta en las palabras. Ante la pregunta: «¿Qué se puede hacer?», formulada en abstracto por aquella mujer en el coloquio, Candela respondió con sencillez: «Se puede hacer lo que yo puedo hacer».

Durante el acto, otras mujeres habían ido usando palabras que ordenan, como Tania Rodríguez Manglano, que señaló: «Cuando se dice que los hombres pierden el control no es verdad, precisamente lo que ocurre es que quieren tener el control



y usan la violencia para conservarlo» o Elena Lasheras, que recordó cosas muy sencillas pero que se olvidan con frecuencia y tenemos que repetírnoslas una y otra vez: «La violencia es un desorden»; «Las madres en las peleas nos enseñan siempre que nos demos besos y que hagamos las paces» (Muraro, et al., 2001).

Ellas nos lo han dicho muchas veces: «Hay que hacer las paces», con la hermana, con el hermano, con ella, con el padre, demasiadas veces violento, con una misma, a cada instante, para que la violencia no lo ocupe todo. Lo han repetido una y otra vez; ellas no nos enseñan a pegarnos, a insultarnos, a despreciarnos y, mucho menos, a quitarle la vida a nadie; esa vida que cada una nos ha regalado con su esfuerzo, al tiempo que nos da la palabra enseñándonos a hablar. En las guerras podemos ver a las madres, tan apenadas, cómo enseguida se ponen a sostener, reconstruir y cuidar no sólo lo material sino las relaciones que se han destruido también. Se conduelen, lloran, abrazan, besan, acarician; además consuelan, abrigan, cobijan, hablan y ponen sus manos al servicio de lo más necesario en ese momento: cocinar, arreglar lo que se ha roto, adornar con lo que haya quedado después de tanta destrucción, con amor al sentido (López Carretero, 2001).

Graciela Hernández añadió que todos esos gestos que hacemos las mujeres en medio de la catástrofe, son gestos que civilizan y que sin ellos hace mucho tiempo que el mundo se habría desmoronado. Yo estoy de acuerdo con ella cuando habla de «partir de sí para deshacer la violencia» y esto es lo que podemos enseñar en la escuela.

4. Educar como hace cada madre

En los últimos años han cundido en España, en algunas administraciones educativas, enfoques y discursos, incluso leyes, que son reveladoras de la preocupación eminentemente mercantil de quienes deciden y gestionan políticas educativas como si la educación fuera un negocio. De hecho convierten la educación en un negocio lucrativo para quienes sostienen y justifican las desigualdades con argumentos que nunca utilizaría ni aceptaría una madre para sus criaturas; argumentos que no tienen en cuenta que el principal fin de la educación es lograr un lugar digno en el mundo para cada ser humano, como desea cada madre para sus hijas e hijos.

La educación requiere recursos que no se pueden escatimar tomando como medida la rentabilidad económica; no es una empresa que se pueda encorsetar en el significativo del dinero. No comparto las ideas y palabras que han calado en algunos sectores de la educación, convirtiéndola en mercancía y buscando en ella fundamentalmente resultados económicos, productos. El vocabulario y el imaginario de la educación se han visto invadidos por términos y propuestas que la hacen insensata, sin sentido, y que dificultan pensarla en sí misma. Ahora es un buen momento para buscar de nuevo, con cuidado y con tino, las palabras que digan lo que deseamos que sea, sin perder su raíz, sin perder el origen femenino y materno de toda educación con sentido.

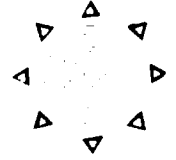
Un sentido que no es idílico pues ninguna relación, tampoco la que tenemos con la madre y ninguna vida humana, ni la suya ni la nuestra, están exentas de negativo y muchas veces es con la propia madre, con la madre concreta de cada cual, con quien más nos cueste encontrar el hilo de sentido que nos da felicidad; precisamente porque, en la relación con ella, la relación más potente e intensa que tiene cada ser humano, muchas veces rota porque la genealogía femenina se ve continuamente amenazada o suplantada, es donde se juega nuestro orden o nuestro desorden, donde se juega nuestro lugar en el mundo.

La educación tiene un sentido que cada madre deja inscrito en lo más profundo del corazón humano, aunque a veces esté sepultado por otros intereses y no lo podamos ver: una educación con sentido es la que nos hace crecer y nos atiende amorosamente y de forma singular a cada una y a cada uno, según nuestras

posibilidades, teniendo en cuenta el talento y las limitaciones, como hace cada madre; es la que nos enseña a dar valor a la palabra y no a la fuerza, como hace cada madre; la que nos recuerda que hay que «hacer las paces» ante los conflictos y no las guerras, como hace cada madre; la que no lo mide todo en dinero, como hace cada madre; la que presta atención al cuerpo y lo cuida escuchándolo, como hace cada madre; la que busca la viabilidad y la felicidad de cada criatura, como hace cada madre...

Referencias

- ARNAUS I MORRAL, Remei (2002): «Saber estimar a la mare: restituir el vincle entre el cos i la paraule», en *Duoda. Revista de estudios feministas*, nº 22.
- BLANCO GARCÍA, Nieves (coord.) (2001): *Educación en femenino y en masculino*. Sevilla, Akal.
- DIÓTIMA (2002): *El perfume de la Maestra*, Trad. Nuria Pérez de Lara Ferré. Barcelona, Icaria.
- FLECHA GARCÍA, Consuelo (1996): *Las primeras universitarias en España*. Madrid, Narcea.
- FUNDACIÓN ENTREDÓS (2003): *Textos Entredós nº 1*. Ed. M^a Milagros Montoya Ramos y Miren Elorduy. Cádiz, Madrid, Fundación Entredós.
- HERNÁNDEZ MORALES, Graciela y JARAMILLO GUIJARRO, Concepción (2002): *Tratar los conflictos sin violencia*. Madrid, Instituto de la Mujer.
- LIBRERÍA DE MUJERES DE MILÁN, (1996): *El final del patriarcado. Ha ocurrido y no por casualidad*. Trad. María-Milagros Rivera Garretas. Barcelona, Pròleg.
- (en prensa) *La cultura patas arriba. Sottosopra 1973-1996*. Trad. María-Milagros Rivera Garretas. Madrid, horas y Horas.
- LÓPEZ CARRETERO, Asunción. (2001): «Amor al sentido», en *Duoda. Revista de estudios feministas*, nº 21.
- MONTOYA RAMOS, M^a Milagros (1998): «La tutoría ¿Un espacio privilegiado para las relaciones?», en *Educación en relación*. Instituto de la Mujer, Madrid.
- (2000): «Diversidad igualdad y diferencia» en *Cuadernos de Pedagogía*, 293.
- MURARO, Luisa (1994): *El orden simbólico de la madre*. Trad. Beatriz Albertini. Madrid, horas y Horas.
- MURARO, Luisa; JOURDAN, Clara et al. (2001): *Guerras que yo he visto. Saberes de mujeres en la guerra*, Trad. María Echaniz. Madrid, horas y Horas.
- PÉREZ DE LARA FERRÉ, Nuria (2002): «Deseo de ser guía, tan solo, saber callar, tanto más,... y encontrar las debidas palabras» en *Duoda. Revista de estudios feministas*, nº 23.
- PIUSSI, Anna María-BIANCHI, Letizia (1996): *Saber que se sabe. Mujeres en la educación*. Trad. Alida Militi. Barcelona, Icaria.
- (1999): «La pedagogía de la diferencia sexual». Trad. Ana Mañeru Méndez, en *Géneros Prófugos*. México, DF., Paidós - UNAM.
- (2001): «El sentido libre de la diferencia sexual en la educación», en *Cuadernos de Pedagogía*, nº 306.
- PORETE, Margarita (1995): *El espejo de las almas simples*. Estudio y traducción de Blanca Garí y Alicia Padrós-Wolff. Barcelona, Icaria.
- RODRÍGUEZ MANGLANO, Tania (2001): «Saber amar. La dependencia en la relación con lo otro de sí», en *Duoda. Revista de estudios feministas*, nº 21.
- RICH, Adrienne (1983): *Sobre mentiras secretos y silencios*, Trad. Margarita Dalton. Barcelona, Icaria.



RIVERA GARRETAS, María-Milagros (1994): *Nombrar el mundo en femenino*, Barcelona, Icaria.

- (1998): «Violencia impensable». Diario El País, 28 de febrero de 1998.

SOFÍAS (2002): *Escuela y educación. ¿Hacia dónde va la libertad femenina?* (edición al cuidado de M^a Milagros Montoya Ramos). Madrid, Horas y Horas.

WOOLF, Virginia (1980): *Tres guineas*, Trad. Andrés Bosch. Barcelona, Lumen.

- (2003): *Un cuarto propio*, Trad. María-Milagros Rivera Garretas. Madrid, Horas y Horas.

Ana Mañeru Méndez

es licenciada en Ciencias Económicas y

Directora de Programas de Educación del Instituto de la Mujer.

Correo electrónico: ammjl@arrakis.es